



## Entrevista con Joaquín Segura

### Martí Manen

**Martí Manen: En tu obra vemos un interés por cuestionar los límites de la acción artística, realizando acciones que superan los límites de la ética. De algún modo, juegas con la sorpresa o hasta la posible indignación de los usuarios de las exposiciones frente a tu obra. ¿Cómo valoras el uso de la violencia en arte?**

Joaquín Segura: Como un catalizador; un recurso para eliminar la distancia entre el espectador y el objeto de arte. Creo firmemente que a pesar de que la provocación es incuestionablemente uno de los grandes lenguajes del arte contemporáneo del siglo XX, sus posibilidades están lejos de estar agotadas. ¿Cuestionable? Claro, tremendamente. Pero creo que lo vale. Hablemos de violencia en un sentido más amplio; es decir, violencia física, política, estética, visual, intelectual y moral. Eso es algo con lo que convivimos todos los días. ¿Por qué habríamos de voltear la cara a eso? Es algo que sucede, está ahí y no se irá. Convirtámosla en un vehículo de ideas; una plataforma de pensamiento. En mi caso; creo firmemente en una poética del sabotaje, en la capacidad de la confrontación como agente de caos.

Es pretencioso insinuar que un creador 'juega' con reglas distintas a las dictadas por la norma. Pero ¿lo hace o no? Es un camino que merece ser explorado. Siempre habrá reglas, instituciones y estructuras que pueden ser violentadas, sacudidas. ¿Cómo sabremos en donde están los verdaderos límites si no tratamos de romper los existentes? ¿Hay tal cosa como eso, acaso? Yo creo que, hoy día, el espectador puede salir de una exhibición conmovido, indignado, inseguro, exasperado y no es eso lo cuestionable. Lo

grave sería que abandone el espacio de exhibición en indiferencia total. Eso es lo que me preocupa y lo que intento evitar, desde una perspectiva absolutamente personal.

**MM: Uno de los elementos que se destacan, casi como un tópico, del DF es su violencia. ¿Hasta qué punto es una imagen creada y hasta qué punto es algo real?**

JS: Es sólo una más de las grandes ciudades del mundo; con problemas, sí, unos más graves que otros. Hay sobrepoblación, falta de recursos, administración pública deficiente y un sinnúmero de características que no la hacen muy distinta de cualquier otra capital latinoamericana. Claro que hay violencia, como en cada uno de estos lugares. Sin embargo, creo que la imagen de una ciudad salvaje, agresiva, sin ley, dista mucho de la realidad. No sabría a qué atribuirlo; sin embargo, me queda claro que esta locación exótica e impredecible que se vende en todo el planeta es fácilmente capitalizable para cierto sector de creadores mexicanos. Tomemos el ejemplo, citado hasta el hartazgo, del tipo de cine que exportamos desde hace unos años, sin decir nombres. Eso no es la Ciudad de México, como tampoco lo son los absurdos arranques patrioterros de los grandes muralistas o las idílicas imágenes de ‘un tiempo que quedó atrás’, retratadas por Manuel Álvarez Bravo. La ciudad es todo esto y no lo es, al mismo tiempo. Es un cúmulo de experiencias en potencia; una infinidad de lugares latentes, muy distintos entre sí. ¿Es cuestionable fomentar el tópico? No en realidad. A fin de cuentas, estamos hablando de un problema fundamental de mercado; de cómo se proyecta y consume la idea de un gran último bastión de barbarie.

**MM: Has trabajado mucho con las señas de identidad del arte mexicano contemporáneo. ¿Crees que falta más debate sobre la creación artística en México?**

JS: Es notable que menciones el concepto de ‘identidad’ y sus implicaciones en la obra que desarrollo. Creo que parte de lo que trato de demostrar a través de

mi producción es justamente lo absurdo de esta noción y su no aplicabilidad a la escena de artes visuales en México en este momento, al menos hablando a partir de mi generación. Estamos hablando de artistas trabajando en el mismo marco de tiempo y la misma ubicación geográfica –o no necesariamente-, pero los acercamientos, actitudes, preocupaciones formales y temáticas, así como sus capacidades de resolución son completamente disímiles. No digo que no existan coincidencias o relaciones entre este quehacer; es innegable que las hay. Aún a pesar de ello, creo que más que una perspectiva común que permita establecer un proceso de asimilación hacia la abrumadora cantidad de estímulos de todo tipo que ofrece una ciudad absolutamente caótica o por el otro lado, algo que permita un acercamiento a un concepto tan difuso como la noción de ‘identidad nacional’, de lo que partimos es de un constructo amorfo, inestable y, porque no, falaz. Y creo que sólo mostrando estas contradicciones de fondo, parodiándolas, estirándolas y torciéndolas, es que podemos pensar en sentar las bases de un debate sobre identidad y creación artística en México.

Y no. Me atrevo a decir que, aquí y ahora, no tenemos parámetros comunes para establecer una discusión. No hay interlocutores. Lamentablemente, estamos hundidos en un paroxismo solipsista, en una demoledora crisis institucional de la que, parece, no podremos escapar en un tiempo. ¿Falta más debate? Claro. ¿Falta quien intervenga en esta discusión? Eso es aún más apremiante.